

vanidad y despechado por el justo castigo que le mereció su inoportuna inmixtion en los negocios del país, recita ante el senado español todo un rosario de mentiras: hé aquí representados bajo la luz de la verdad, á nuestros calumniadores.

Y á esos malos extranjeros no puede servirles de disculpa el que algunos malos mexicanos, hijos bastardos de su patria, como un Gutierrez Estrada, un Almonte, un Miramon, hagan coro con ellos en este concierto de calumnias. Más tarde ó más temprano, la vindicta pública los ha de alcanzar, y su ignominiosa muerte en un patíbulo, enseñará al mundo cómo castigan las leyes mexicanas el horrendo crimen de *traición á la patria*. Para uno de esos hombres ha llegado ya el día de la justicia, aunque no sea todavía el de la justicia nacional, pues Miramon fué puesto preso por los ingleses en Veracruz, por el robo que con violacion de los sellos de la legacion británica, cometió á fines de 1860.

Tampoco puede sorprendernos el ver filiado entre nuestros detractores, á parte del clero mexicano, principalmente el de más elevada gerarquía.

¿Quién fué el enemigo más encarnizado de nuestra independencia?

¿Quién se empeñó constantemente en remachar las pesadas cadenas que nos ligaban á la metrópoli, cuando un puñado de valientes concibió la grandiosa idea de romperlas?

¿Quién condenó en 1810 la doctrina de la soberanía del pueblo como una herejía?

¿Quién anatematizó desde la tribuna de la paz y del amor á los insurgentes, y celebró con *Te Deum* las carnicerías de un Calleja?

¿Quién sentenció al último suplicio á los virtuosos curas Hidalgo, Matamoros y Morelos?

¡El clero y siempre el clero!

Además, por su propia organizacion, con sus honrosas escepciones, ántes de *mexicano* es *romano*, y este fenómeno lo observamos ahora igualmente en Italia y en Francia. El clérigo católico es siempre, y en todas partes del mundo, primero hijo de la madre Iglesia, y despues, aunque no siempre, hijo de la madre patria. Roma es su capital, el Papa su soberano. Entre dos órdenes contradictorias, emanada una del gobierno de su país, y otra de la Silla Apostólica; un clérigo nunca vacila en acatar la *segunda*.

Es cierto que, por regla general, los hombres se inclinan á dar mayor crédito á lo

que se dice en contra que en favor de sus prójimos; pero que los gobiernos de tres naciones que se llaman ilustrados, cometan la misma falta, eso sí, debe admirar mucho al hombre pensador. Y si aun en la vida privada se juzga de la certeza de un hecho, por la confianza que nos inspira el carácter de la persona que nos lo contó: ¿Por qué ántes le dar crédito á todas esas consejas que se vierten contra México, la Inglaterra, la Francia y la España no se informaron del carácter de sus informadores? ¿Deberemos aplicarles el versículo del salmista: "*Oculos habent et non viderunt, aures habent et non audierunt*"? ¿O les conviene acaso por ciertas miras políticas, dejarse poner una venda sobre los ojos y taparse los oídos?

Pero aun en este caso, nuestro deber es hacer todo lo posible para arrancarles esa venda, y obligarlos á que escuchen la voz imparcial de un mexicano amante de su país, presentando bajo su verdadero aspecto los cargos que contra nos formulan, y tratando de desvanecerlos, ó por lo menos de atenuarlos en cuanto tengan de infundado ó de exagerado.

Los mexicanos son incapaces de gobernarse, dicen, porque en los cuarenta años que llevan de existencia como nacion independiente, no han logrado todavía constituirse sobre bases sólidas y duraderas. Pero ¿qué son cuarenta años en la vida de una nacion? Y por lo menos en los diferentes cambios de gobierno que ha habido en México, casi nunca hemos variado los principios fundamentales de nuestra organizacion política; no hemos pasado como v. g. lo ha hecho la Francia, en ménos de un siglo, de la república una é indivisible al directorio, del directorio al consulado, del consulado al imperio, del imperio á la monarquía *per Dey gratiam*, de ésta á la monarquía constitucional, de ésta otra vez á la república, y de ésta por fin á un segundo imperio, cuyas bases están bien hoy día ya tan minadas, que tal vez antes de que acabe este año, el trono del 2 de Diciembre habrá sido derrumbado y hecho pedazos por una nueva revolucion socialista.

Por otra parte, ¿acaso nosotros no estamos ahora organizados? ¿No tenemos un código fundamental que se acata en toda la extension de la República, con excepcion de tres ó cuatro gavillas de foragidos que vagan por los montes, y que ciertamente un hombre sensato no considerará como representantes de un partido? ¿No tenemos á un presidente, legalmente electo

por una inmensa mayoría de sus ciudadanos, y cuyos títulos son sin duda menos contestables que los que puede alegar en su favor el emperador Luis Napoleon?

Pero esos repetidos pronunciamientos, esos escandalosos motines militares, esas asonadas provocadas y dirigidas por unos cuantos ambiciosos!

En efecto, los ha habido, y por desgracia nuestra, con demasiada frecuencia; pero bajo este respecto somos hijos de los españoles, y sería en verdad ridículo, que un padre ébrio quisiera regañar al hijo por haberse embriagado.

Decimos que los *ha habido*, pero ya no los habrá! El principio de legalidad que triunfó en Diciembre de 1860, despues de una desesperada lucha de tres años, no podrá ser ya derrocado. La última tentativa que se hizo contra él, aunque no ya con las armas en la mano, sino por medio de la peticion de los 51, que con el carácter de particulares y no de diputados, solo hicieron uso de un derecho constitucional, y cuya tentativa fracasó completamente en todos los Estados de la federacion, deberá haber convencido al mundo, de que la época de los gobiernos *de hecho*, como fué el que reconoció ligeramente y sin criterio alguno, la diplomacia europea en 1858, pasó para siempre jamás en la República; mientras que nadie puede saber lo que trae en su seno la segunda mitad de este siglo, para las carcomidas monarquías trasatlánticas!

Los reyes y príncipes creen haber inhumado muy bien al elemento democrático en sus Estados; pero á cada estremecimiento que hace este Encelado moderno dentro de su tumba, se conmueve el mundo, pues indica que el gigante no ha muerto todavía, y no espera mas que un momento oportuno para resucitar en toda su fuerza, en todo su vigor, en toda su eterna juventud.

Que se retiren los invasores de nuestro territorio, en el que su presencia no hace mas que alentar esperanzas que ya estaban casi desvanecidas, de un corto número de bandoleros; y dentro de tres meses la Europa verá, que las fuerzas que hemos puesto sobre las armas para rechazar injustas pretensiones, habrán sido suficientes para dar á la República una paz octaviana desde el golfo de Cortés hasta el cabo de Catoche, desde Acapulco hasta Matamoros.

Los mexicanos son corrompidos y venales, gritan esos modelos de virtud y moralidad, que con admirable desprendimiento

se contentan con hacerse en la República por medio de sus ruinosos contratos con el gobierno, y aprovechando los continuos apuros financieros del mismo, en el término de diez años, un capitalito de diez millones.

¡Ah! somos venales, somos corrompidos! ¡y con esto formamos acaso una excepcion de todas las demas naciones de este siglo? ¡Por eso, solo los mexicanos aparecemos como una mancha negra sobre la túnica blanca de la humanidad?—Ojalá fuera así. —Mas el culto del Becerro de oro, la adoracion del dios *Dollar*, es por desgracia demasiado general en este tiempo, y con razon rogamos y clamamos, nosotros los pobres desheredados, porque nos venga un nuevo Mesías con un nuevo evangelio de paz, de fraternidad y de igualdad, y que establezca nuevos fundamentos para esta corrompida sociedad.

Comprendemos, aunque no aprobamos, la aristocracia de la sangre, porque su principio "*Noblesse oblige*," es por lo menos noble y elevado; pero detestamos de todo nuestro corazon, la aristocracia del dinero, que nunca se informa de los medios con que una fortuna ha sido ganada, y admite en su seno á un millonario, aunque de cada peso de sus millones goteen lágrimas y sangre.

El padre yankee dice á su hijo al despedirlo de la casa paterna, y en forma de bendicion:

"*Make money, my son, honestly, if you can, but in every case make money.*"

Haz fortuna, hijo mio, honradamente si puedes; pero de cualquiera manera haz fortuna.

Hé aquí en pocas palabras el resumen de la moral del siglo XIX, en América, como en Europa, en Inglaterra, Francia y España, como en México.

Empleos se compran, empleados se venden en las Repúblicas como en monarquías. Los Estados Unidos aventajan en esto muy poco á la Rusia. El presidente democrático, así como el autócrata, no se atreven á destituir á todos sus servidores infieles y venales, porque temen no encontrar con quienes reemplazarlos!

La sociedad entera necesita regenerarse, y si el escandaloso proceso de *Teste-Cubiéres* apresuró la caída de Luis Felipe, la causa todavía más escandalosa del banquero Mirés, la cual ha salpicado de lodo hasta á los personajes más encumbrados de la Francia, tal vez no solo pronostica la caída de un trono, sino—¡y quie-

ra Dios que así sea—la de todo nuestro actual sistema social.

Por este motivo no vengais de allende el Atlántico á buscar la paja en nuestro ojo; sin ver la viga que teneis en el vuestro!

Los mexicanos son cobardes. Alto ahí calumniadores! Al hablar del carácter de toda una nacion, es preciso ser muy circunspecto, principalmente al atribuirle defectos. Sentamos por principio que en esa clase de apreciaciones, todo juicio general, es por esta misma circunstancia erróneo. Así es, que rechazamos indignados semejante calificación.

Las tropas mexicanas han sido vencidas mas de una vez por tropas extranjeras; pero muchas ocasiones, como v. g., en las memorables batallas de la Angostura, Churubusco y Molino del Rey, han sabido por lo ménos batirse con denuedo, mereciendo los elogios de sus propios vencedores.—¡Honor al valor desgraciado! Mas aún, han triunfado en mil acciones gloriosas durante la lucha por la independencia, y posteriormente en Tampico. Hay igualmente que tomar en cuenta, la desunion que con frecuencia ha reinado entre los jefes; impidiéndoles combinar sus movimientos y planes; así como nuestro defectuoso sistema de reclutamiento. Se necesita imperiosamente para tal y tal dia tal número de fuerzas, y no queda al gobierno otro arbitrio que reunir las de la manera que puede, ponerles el fusil en la mano y mandarlas al fuego—aunque nunca hasta aquel dia hayan disparado un tiro.—¿En este caso es extraño, que no sepan resistir al empuje de soldados aguerridos y fogueados, buscando su salvacion en la fuga?

Sin embargo, las largas contiendas civiles, no dejan de haber sido para nosotros una excelente escuela de guerra: y si tuviéramos que medir nuestras armas con las de los invasores, puede ser muy bien, que por la mejor organizacion, la mejor disciplina y la mejor calidad de armamento que reúnen los europeos, quedemos vencidos en una, dos ó tres batallas campales; pero quién sabe, si las mismas derrotas—como es natural—no nos enseñarian despues á vencer á nuestra vez!

Sobre todo, el amor á la patria nos dará el valor necesario,—si no para vencer, por lo ménos para morir; y que este noble sentimiento abrasa en efecto el pecho de cada mexicano, los mismos europeos debben reconocerlo al ver las entusiastas manifestaciones del espíritu público en toda

la nacion, en favor de la independencia y contra la injusta invasion y la espotaneidad y unanimidad con que se apresta á la defensa de su territorio.—Aunque débil y desangrada por la larga série de guerras civiles, apenas oyó el grito: *La patria está en peligro*, se ha levantado como un solo hombre para protegerla y defenderla.

“Somos tres potencias, y de las mas poderosas del mundo, que hemos venido á imponeros nuestra voluntad,” dicen la Inglaterra, la Francia y la España.

“No acostumbramos contar el número de nuestros contrarios, responderán todos los mexicanos, y sabrémos cumplir con nuestro deber.”

Los mexicanos son indolentes y poco formales en el cumplimiento de su palabra.

Convenimos, aunque con cierta reserva, en que nos falta esa actividad, esa indomable energía que caracteriza á nuestros vecinos de la raza anglo sajona, los cuales, despues de comenzada no desisten de una empresa por mas árdua que se les vuelva. Nos gusta la molicie; nos entregamos con placer al *dolce far niente*; pero preciso es no olvidar tampoco, que vivimos bajo un temperamento tan templado y blando, que necesariamente enerva en algo al hombre; en una tierra tan pródiga, que casi sin necesidad de trabajo nos da los alimentos suficientes: acusen, pues, mas bien á este clima, á esta tierra, y no al hombre que no puede menos de resentirse de sus efectos.

Creemos, sin embargo, que la fatal palabra *mañana*, rémora de nuestros adelantos, se oirá cada dia ménos, y que por el contacto con extranjeros trabajadores y activos, aprenderemos á sustituirla por el *Time is money* del americano.

La falta de formalidad en los mexicanos,—aunque impresiona mal al extranjero—no es sino la exageracion, la sombra por decirlo así, de otra cualidad muy bella que posee, de su genial política y amabilidad. No sabe decir *no*, y por el deseo de complacer, se expone á quedar mal despues con su promesa.

Tampoco negaremos, que nuestra administracion pública necesita grandes reformas, que nuestra hacienda es un caos, y careciendo absolutamente de sistema, se contenta con reunir penosamente hoy las cantidades necesarias para pasar el dia de mañana; que nuestra administracion de justicia es lenta y complicada por la falta de códigos; que nuestra industria no toma todavía gran vuelo; que nuestra organizacion militar es bastante viciosa; pero todos estos defectos no son sino consecuencias

inevitables de nuestras continuas guerras civiles, y ya hemos dicho, que estas no han sido mas que las tormentas necesarias para purificar el ambiente de la República de los miasmas coloniales.

En todas partes del mundo, las mismas causas han producido iguales efectos.

Entre la infinidad de hechos que pudiéramos citar para comprobar esta asercion, nos limitaremos á extractar algunos pasajes del informe que dirigió el general Dumas al Comité de Salud pública en el año II de la República francesa, al recibirse del mando en jefe del ejército de operaciones sobre los realistas en la Vendée, y nos admiraremos al ver, qué clase de tropas eran las que Napoleon supo despues organizar, disciplinar y moralizar, para recorrer con ellas de victoria en victoria toda la Europa y parte del Africa y del Asia.

Leemos en dicho informe lo siguiente: “Y bien, es necesario decirlo: no hay en el ejército del Oeste casi ningun ramo, ya sea militar, ya sea administrativo, que no exija la mano severa de la reforma. Los batallones no tienen fuerza. Los antiguos cuadros han quedado reducidos á ciento cincuenta hombres.

“Por ello podreis juzgar de la gran cantidad de reclutas que acaban de recibirse, de la nulidad de los batallones, cuya parte útil se encuentra paralizada por la inesperienza de la mayoría, en tanto que la falta de instruccion de los oficiales no me deja la esperanza de formar hombres nuevos.

“Pero no está en esto todo el mal. Está sobre todo en el espíritu de indisciplina y pillaje que reina en el ejército, espíritu producido por la costumbre y alimentado por la impunidad. Este espíritu está llevado hasta tal punto, que me atrevo á aseguraros ser imposible contenerle, como no se envíe á los cuerpos que están aquí, á otros puntos, reemplazándolos en éste con tropas acostumbradas á la subordinacion.

“Para convencernos de esta verdad, basta decir, que los jefes han sido amenazados de ser fusilados por sus mismos soldados, por haber querido impedir el pillaje, en virtud de una orden dada por mí. A primera vista os admirareis de estos sucesos; pero bien pronto cesará vuestra admiracion, si reflexionais, que es una consecuencia necesaria del sistema seguido en esta guerra hasta hoy. Una vez impuesto el movimiento de robo y pillaje, es difícil contenerlo. Demasiado bien sabeis,

ciudadanos representantes, que la Vendée ha sido tratada como una ciudad tomada por asalto. *No se ha hecho en ella mas que saquear, robar y quemar.*

.....“Así, en último análisis, he encontrado muy pocos oficiales capaces de cumplir con sus deberes. La organizacion es generalmente mala, y reina en todo el ejército un abandono y un espíritu de indisciplina y de pillaje lamentable. No hay ninguna actividad ni instruccion. He llegado de noche hasta en medio de los campamentos, no solo sin haber sido reconocido, sino aun sin ser notada mi presencia. ¡Cómo pueden admirar, en vista de esto, las derrotas que recientemente hemos experimentado!

“Y precisamente nunca son más necesarias las virtudes militares, como durante las guerras civiles. Sin ellas, no puede haber obediencia á las órdenes emitidas por un jefe, ni convencer á los habitantes del país de la justicia que las ha dictado, cuando la justicia se ve hollada por las mismas tropas. Mal puede convencerse al pueblo del respeto de un jefe hácia las propiedades y hácia las personas, cuando los hombres encargados de proclamar este respeto, saquean y asesinan pública é impunemente.....

“Al cambiar de sistema debemos cambiar de hombres, y es tanto mas urgente el que se apoyen los principios en saludables ejemplos, cuanto que los habitantes de este país han sido engañados muchas veces con esperanzas frustradas, y mas de una vez se han violado las promesas que se les habian hecho.”

Los medios que propone en seguida el general Dumas, para la reforma del ejército de la Vendée, como en otros, “la renovacion escrupulosa de los oficiales por hombres instruidos en la escuela de la experiencia, probos, peritos y acostumbrados á mantener la mas rigurosa disciplina,” los está poniendo en práctica ahora mismo, y con el mejor éxito, el general Uruga, aunque la pintura que antecede, dista mucho de ser aplicable en todos sus detalles al ejército mexicano.

Que se establezca por fin entre nosotros una paz sólida y duradera sobre las bases de la Constitucion y leyes de reforma, con generoso perdon para las personas extraviadas y sinceramente arrepentidas, pero sin la menor tentativa de una fusion imposible de ideas opuestas; que se contenten las potencias aliadas con el saludable efecto que ha producido su presencia en nuestro territorio, cual es el de haberse reunido

la inmensa mayoría de los mexicanos en derredor de la bandera nacional,—si efectivamente sus miras son tan desinteresadas como dicen,—y tras de la paz vendrá la prosperidad, y con ella todas las reformas administrativas que tanto deseamos, así como la estirpación palautina de ciertos vicios inveterados, como v. g., la del cáncer de la empleomanía, pues lejos de que los hombres libres anhelan entonces destinos del gobierno, sujetándose á una especie de servidumbre, preferirán hacerse independientes por medio de su propio trabajo!

Otros muchos cargos podríamos desvanecer ó atenuar de la misma manera que lo hemos hecho con algunos, probando si no su absoluta inexactitud, por lo ménos su exageración; pero tememos habernos extendido ya demasiado en esta parte, y pasaremos á ocuparnos ahora en rectificar los pretextos que alegan las potencias aliadas para brindarnos con su intervención, *"una áncora de salvación en la desecha tormenta que venimos corriendo."*

CAPITULO III.

Los pretextos de la intervención.

Tan luego como llegó á México la noticia de haberse celebrado entre Inglaterra, Francia y España la convención de 31 de Octubre, y cuando no quedaba ya duda de que aquellas tres potencias habían resuelto mandar á nuestras costas una expedición armada para pedirnos una satisfacción por los supuestos agravios que les habíamos inferido, toda la prensa mexicana lanzó un grito de patriótica indignación, y en mayor grado aún cuando se supo la ocupación de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa por fuerzas españolas. Desde entonces se ha ocupado y sigue ocupándose con admirable unanimidad, en demostrar lo infundados que son todos los pretextos de semejante violación del derecho de gentes.

Podremos, pues, limitarnos en esta parte á constituirnos en eco de la prensa nacional, porque en nada difieren nuestras opiniones de lo que sobre esta materia ha publicado.

Los motivos que las potencias europeas han buscado para justificar su intervención, son dos: la falta de cumplimiento en el pago de las convenciones, y la falta de seguridad que hay en este país para sus súbditos.

En verdad, que en el manifiesto que los cinco comisarios han dirigido á los mexicanos desde aquella parte de nuestro territorio, que sin previa declaración de guerra han invadido y lo ocupan, se lee: "Las tres naciones que venimos representando, y cuyo primer interés parece ser la satisfacción por los agravios que las han inferido, tienen un interés mas alto y de mas generales y provechosas consecuencias; vienen á tender una mano amiga al pueblo á quien la Providencia prodigó todos sus dones, y á quien se ve con dolor ir gastando sus fuerzas y extinguiendo su vitalidad al impulso violento de guerras civiles y de perpétuas convulsiones!"

Pero, ¿quién, preguntamos, las ha llamado? ¿aun supuesto que sea cierto lo que dicen, que estamos gastando nuestras fuerzas y extinguiendo nuestra vitalidad?

Si así nos place hacerlo, ¿que le importa á la Europa?

¿La soberanía de un pueblo no es mas que una vana palabra?

¿O somos menos soberanos porque no nos encontramos acaso bastante fuertes para resistir á tres potencias de primer orden?

¿El principio de la no intervención solo tiene aplicación en Europa?

¿Y se llama tender una mano amiga, cuando se la tiende para cobrar, y cobrar deudas en su mayor parte injustas y de origen vergonzoso?

¿En virtud de qué derecho pretendéis hacernos felices á vuestro modo y contra nuestra voluntad? — *Invito beneficium non fit.*

¿No sabéis acaso que cuando un tercero quiere meterse en apaciguar disensiones domésticas, las partes contendientes prefieren hacer las paces para rechazar al importuno mediador?

Y si la Francia en 1814 y 1815, si la España en 1823 han sufrido intervenciones armadas de potencias extranjeras, era porque en aquellas épocas el espíritu de partido—*en ambos países era el partido retrógrado!*—hacia acallar el amor á la patria; pero, gracias á Dios, en México,—con muy raras excepciones—multitud de personas contrarias al actual sistema político, se han acordado de que *antes de partidarios son mexicanos*, han depuesto sus armas fratricidas ante las aras de la patria, para recibir las en seguida purificadas de manos del supremo gobierno, y empuñarlas de nuevo contra el enemigo común.

Decimos todo esto bajo el supuesto de

que realmente nos encontramos todavía en plena guerra civil: pero ya hemos demostrado, que es mentira que estamos desorganizados; mentira que necesitamos de un apoyo exterior para acabar de destruir los pocos restos de unas cuantas cuadrillas de ladrones; mentira que nuestra vitalidad se haya extinguido, cuando nunca ha sido tan vigorosa—prueba la heroica lucha de 1857 hasta 1860, y la final conquista y el completo entronizamiento de los principios de la reforma en toda la República, así como los aprestos de defensa que hace ahora contra los invasores.

No trataremos, pues, de refutar por segunda vez estos equivocados conceptos, sino que nos ocuparemos primero, en la cuestión de las convenciones, aunque trazándola solo en su aspecto general; sin entrar en pormenores y dejando su completa dilucidación á escritores mas competentes en esta materia que nosotros, como un Payno, un Suarez Navarro, un Prieto, un Núñez; segundo, en la pretendida falta de seguridad que experimentan en México los súbditos de las naciones invasoras.

Así como las manos se ensucian cuando manejan dinero, de la propia manera suele mancharse la dignidad de una nación, cuando el principal pretexto que puede alegar para declarar la guerra á otra, se reduce á cuestiones financieras. Es lamentable ver á tres grandes potencias desenvainar la espada para obtener por la fuerza el pago de algunos millones.

Nunca la saques sin razon, ni la envaines sin honor, dice el lema incrustado en los aceros toledanos.

Poderosa razon, por cierto, la del dinero; insigne honor el de constituirse, la orgullosa Inglaterra, la generosa Francia, la hidalga Iberia en ministros ejecutores, para cobrar capital é intereses por cuenta de una compañía de usureros á un deudor momentáneamente insolvente!

Con qué bélico ardor marcharán á batirnos todas esas valientes legiones, que acampan ahora en Veracruz y sus alrededores; con qué indomable valor, é invocando los mágicos nombres del Cid, de Napoleón y de Wellington, se arrojarán en medio de la pelea, para conquistar—¿coronas de laurel?—¡oh, no, sino sacos de dinero!

Con qué satisfacción, con qué orgullo regresarán en seguida á sus hogares, para recibir allí las bendiciones—¿de sus hermanas, de sus novias y de sus madres?—¡oh, no, sino de Messrs. Barclay, Richardson y C., de Lorenzo Carrera, de Lizaldi,

Martinez del Rio y Viya hermanos, dignos representantes de nuestras convenciones extranjeras, cuya gratitud llegará tal vez hasta el extremo de dar á nuestros vencedores un espléndido banquete á dos libras esterlinas por cabeza!

Y si los créditos que nos cobran con la punta de la espada, y que además nunca hemos rehusado pagar, fueran por lo menos justos y legítimos! Pero la historia del origen y el desarrollo de nuestra deuda exterior, es un tejido de infamias, de sustituciones, de fraudes, de falsificaciones, crímenes todos que merecen hasta diez años de presidio. Es la eterna historia del pobre que necesita dinero para salir de urgentes apuros y que firma sin ver siquiera todas las condiciones que el usurero quiere imponerle, porque sabe, que á la menor vacilación de su parte, tendría que oír la fatídica palabra: "Pues entonces no hay negocio," y ver retirarse la mano que ya se le tendía llena de dinero; de aquel dinero que representa para él la salvación de sus hijos, pues ya podrá comprarles pan; la salvación de su honor, porque ya podrá cumplir con solemnes compromisos.

Para dar una idea, aunque muy sucinta, de la complicada cuestión de nuestra deuda exterior, nos hemos valido de la obra de D. Lorenzo Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1820*, de algunos apuntes del Sr. D. Juan Suarez Navarro, y principalmente del notable opúsculo publicado en París á principios del mes de Noviembre último, y titulado: *México y la intervención.*

El autor del mencionado folleto, despues de echar una mirada retrospectiva sobre la situación de la hacienda en México, desde los últimos años del gobierno vireinal, en la que demuestra los inauditos esfuerzos y sacrificios que ha hecho la República para satisfacer á sus acreedores, pues ha llegado al extremo nunca visto en ningún otro país del mundo, de hipotecar la mejor parte de sus rentas para garantizar una deuda en favor de extranjeros, sin que por este generoso desprendimiento haya podido librarse de las más duras calificaciones—el autor, decimos, pasa en seguida á exponer el origen y desarrollo de las tres convenciones, inglesa, francesa y española.

El empréstito más antiguo de todos es el inglés, pues remonta al 7 de Febrero de 1823, en cuya fecha lo contrató en Londres D. Francisco de Borja Migoni, con la casa de B. Goldsmith y C., en virtud de la autorización que el gobierno había re-

cibido por el Congreso mexicano. Su monto era de \$3,200,000 libras al 5 por 100 de interés anual y al precio de 55 por 100. Como en aquella época no se conocieron en Inglaterra sino muy imperfectamente las riquezas del país y la facilidad de explotarlas, no era fácil que se consiguieran para este préstamo condiciones más ventajosas, aunque debe parecernos muy duro el haber sufrido desde el principio una pérdida tan enorme, y mucho más cuando algunas medidas de economía en el país hubieran sido suficientes para satisfacer las necesidades del momento, como lo manifestó el uso que se hizo de los productos de este empeño, consumidos en su mayor parte en artículos inútiles y avaluados á precios exorbitantes.

La casa de R. C. Staples proporcionó al gobierno á cuenta del referido préstamo, un millon de pesos, y como en esta negociacion Staples fué apoyado por la firma de M. Harvey, el gabinete inglés no aprobó que su agente diplomático se hubiera mezclado en semejantes negocios mercantiles ó bursátiles, relevándolo inmediatamente de su puesto y sustituyéndolo por M. Morier; esto hizo en 1823 la misma Inglaterra que viene ahora á nuestras playas con el carácter de cobradora.

En Agosto de 1824, el gobierno mexicano contrató por medio de sus agentes Mannin y Marshall, un nuevo empréstito de igual suma al anterior al 6 p^o con la casa de Barclay, Herring, Richardson y C^a de Londres, la cual lo vendió en 7 de Febrero de 1825 á la casa de Goldsmith y C^a, al precio de 86½ p^o: esta alza, aunque en verdad no era mas que aparente, porque una de las cláusulas del nuevo préstamo era, que su producto debía quedar afecto en parte á la amortizacion del precedente; de manera que los que en 1823 habian comprado bonos mexicanos á 55, recibieron en 1825 su importe íntegro, se debió por un lado á las relaciones exageradas de nuestras riquezas minerales, propagadas intencionalmente por los nuevos especuladores; por otro lado á la declaracion de Canning, sobre reconocer la independencia de las nuevas repúblicas hispano-americanas.

Dos suspensiones de pagos acaecidas en 1826 por parte de las casas de Barclay, Herring, Richardson y C^a, y la de Goldsmith, protestando la primera letras por valor de 80,000 libras, y la segunda por valor de 20,000, así como un adelanto de 63,000 libras que sin interés alguno se hizo

á la Colombia, dieron un rudo golpe á los intereses mexicanos.—Zavala califica en los siguientes términos los resultados de los empréstitos hechos en Londres:

“De esta manera, entre quiebras, buques viejos, vestuarios inservibles, préstamos hechos sin interés ni esperanza de pago, órdenes del ministerio para gastos inútiles y pago de deudas atrasadas, desapareció la suma de \$22,860,000, que sería todo lo que la nacion debió recoger para contraer una deuda de \$32,000,000 que gravitan sobre ella, y que se aumentan cada dia por no pagarse los dividendos.”

El gobierno inglés no tuvo en todas estas operaciones el menor participio, ni tampoco en las subsecuentes conversiones, reduccion del interés anual al 3 por ciento, designacion del capital total en \$51,208,256 y la del importe de los gastos anuales, incluso el pago de los intereses, á razon de \$1,597,234; y tanto mas singular debe parecernos el que de la suspension temporal de los intereses de esta deuda, quiera hacer un *casus belli*, cuanto que nunca lo ha hecho respecto á otros gobiernos, deudores de sus nacionales, ni con el Austria, ni con el Portugal, ni tampoco con la España, con cuya potencia viene ahora aliada á observar hácia nosotros una conducta diametralmente opuesta á la que ha observado con aquella.

De los 5,000,000 de créditos favorecidos por la llamada convencion inglesa, concluida en Diciembre de 1851, en la que se asignó para el pago de la deuda comprendida en estas estipulaciones, el 12 p^o sobre los derechos de entrada, fijando el interés de 3 p^o anual, solo una mínima parte pertenece á súbditos de S.M.B., como aparece por la curiosa comparacion hecha por el Sr. Suarez Navarro, que en seguida reproducimos:

CONVENCION INGLESA.

Ingleses.

Cárls Whitehead.....\$	27,428 85
H. Schmidt y C ^a (13 Barton).....	40,920 00
Graham Geaves y C ^a , por Montgomery.....	98,280 00
Alejandro Grant.....	100,000 00
Total de ingleses...	266,628 85

Extranjeros con proteccion inglesa.

Martinez del

Río.....	1,036,011 29	
Kauffman....	8,400 00	1,044,411 29

Mexicanos, españoles, etc.

Viya hermanos.....	321,980 01	
Lizardi.....	986,123 10	
Echeverría é hijos.....	120,103 02	
Pedro Echeverría.....	12,432 00	
Soriano.....	100,000 00	
Diaz y C ^a	107,613 98	
Agüero Gonzalez y C ^a ..	35,880 00	
Echave.....	127,680 00	
Murphy José	24,512 81	
Martin Carrera.....	68,275 86	
José Velazquez de Leon.....	26,827 59	
A. Panames..	9,793 10	
Jecker.....	51,240 00	
Muriel.....	41,575 76	
Luzuriaga....	368,000 00	
Manuel Escandon....	88,908 89	
Francisco Miranda é Iturbe.....	176,724 14	
Vicente Escandon....	1,383 61	
Bringas.....	96,551 72	
Dorman é hijo.....	54,600 00	
Béistegui....	25,000 00	
Arzamendi....	3,754 19	
Dodriguez D. Miguel. ...	8,400 00	
Rojas D. José J.....	5,880 00	
P. Morán.....	825,720 00	3,688,959 86
		5,000,000 00

Al espirar el término de cinco años fijados por este arreglo, se aumentó el interés al 4 p^o conforme á los términos del mismo, estipulando el 6 p^o de amortizacion. Posteriormente el interés se elevó al 12 p^o, al 15 p^o, al 16 p^o; y en virtud de los últimos arreglos, hechos en 1859 por el gobierno constitucional, y los señores Dunlop y Aldham, llegó á subir hasta el 24 p^o resp. 23 p^o.

La llamada convencion francesa, la mas honrosa, legal, perfecta y económica de cuantas se han celebrado, data del año de

1853, y fué celebrada por Mr. Levasseur, respecto al pago de los créditos procedentes de la depreciacion de la moneda de cobre, cuya depreciacion fué reconocida por el gobierno mexicano, y comprendiendo además otros, procedentes de reclamaciones de súbditos franceses. El importe de esta convencion es comparativamente insignificante, pues no pasa hoy de \$ 120,000, para cuya amortizacion y pago de intereses, se asignaba desde el principio el 25 p^o sobre los derechos pagados por buques franceses. Mas tarde la convencion Penaud introdujo un aumento de 8 p^o sobre los derechos que debian percibirse sobre los otros buques.

Lo que es extraño en esta convencion, es que, apesar de que al principio no extendia sus ventajas sino sobre créditos franceses desde su origen hasta su fin, diferentes representantes de la Francia, entre ellos Mr. Penaud y Mr. Saligni, se empeñaron en establecer, que ningun exámen ni distincion debieran hacerse en cuanto á los orígenes de los créditos presentados por franceses, cuya estipulacion deja naturalmente la puerta abierta á toda clase de fraudes.

En virtud de la ley de 23 de Junio de 1824, el Congreso general de México, reconoció hasta el 17 de Setiembre, la deuda contraida en la nacion por los vireyes, como nacional, y la contratada con los mexicanos se reconocia desde esta fecha hasta el 27 de Setiembre de 1821. Sin embargo, repetidas veces se trató de convertir esta deuda nacional en extranjera, y despues de varios incidentes, se concluyó en 1853 un tratado, en virtud del cual, se reconoció como deuda española la que reuniese las condiciones de origen, continuidad y actualidad españolas.

Aquí comienza la vergonzosa historia de D. Lorenzo Carrera, introductor fraudulento de créditos de la deuda interior en la española; y con tanto descaro hacia estas falsificaciones, que el gobierno mexicano no podia ya cerrar los ojos, y empezó á insistir con incontestable justicia en la revision de los créditos españoles, la cual admitida en 1856 por el imparcial representante de la España, D. Miguel de los Santos Alvarez, fué desechada posteriormente por el gobierno de la Península, porque el oro de Carrera habia logrado inclinar la balanza de la justicia en su favor. Empleados se venden en Repúblicas como en Monarquías, dijimos mas arriba: podemos agregar ahora, no solo empleados, sino tambien todo un gobierno!